

PILAR ÉSTERÁN ABAD (ed.)

Benito Pérez Galdós:
Zaragoza

Zaragoza, Institución «Fernando El Católico», 2001, 486 p.

En el contexto del hispanismo peninsular, la crítica textual no ha incidido en la elaboración de propuestas metodológicas, las cuestiones ecdóticas se han relegado a la práctica elaborada sobre textos concretos y las aportaciones teóricas sobre esta disciplina, como el *Manual de crítica textual* de Alberto Blecua (1983) o *La edición de textos* de Pérez Priego (1997), relegan la mayor parte de sus observaciones a textos clásicos, medievales o áureos. En la práctica, no es frecuente que un editor se detenga, paso a paso, en contar al lector el proceso crítico de su trabajo. Por lo general, los estudios introductorios, tras una revisión bio-bibliográfica del autor en cuestión, analizan la obra desde una perspectiva histórico-literaria y narratológica. Suele ser en las páginas previas al texto donde en una “Nota a la edición” el editor expone los testimonios utilizados y su valoración que, en mayor o menor medida, debe de haber desgranado en páginas precedentes. Y muchas veces no siempre se recogen todos los elementos que merecería una edición denominada *crítica*.

En el caso particular de la obra de Benito Pérez Galdós, venimos asistiendo desde hace muchos años al buen hacer de sus estudiosos, favorecido por el funcionamiento de la Casa-Museo de Las Palmas, los encuentros periódicos de galdosistas, las publicaciones particulares y las ediciones críticas de Galdós. Un estudio práctico con amplia vocación de revisión teórica es la reciente edición de *Zaragoza*, al cuidado de Pilar Esterán Abad, *episodio* escrito por Pérez Galdós entre los meses de marzo y abril de 1874. Publicada en gran formato (tamaño folio), se trata de una edición no comercial (es una tesis doctoral, en origen), sino de una edición institucional —de lujo para los tiempos que corren— con notas abundantísimas y referencias múltiples. La edición se divide en dos partes, siendo la segunda la edición crítica del texto de *Zaragoza*. La primera parte la constituye el análisis crítico-literario: un detallado estudio del proceso de creación de la novela dividido en cuatro subapartados.

En el primero de ellos, Pilar Esterán prioriza la ubicación de esa “Nota a la edición”, que no es aquí tan breve como he mencionado, y expone el proceso crítico de su edición, ofreciendo al lector el seguimiento de cada una de las fases conducentes a la constitución del texto editado. Esterán se apoya en la propuesta de Blecua, apuntando siempre las divergencias que la editora encuentra con respecto a éste. Tanto la *recensio* como la *constitutio textus* son fases desarrolladas ampliamente, con claridad y precisión en el uso de la nomenclatura ecdótica (en exceso para el lector especializado), dejando constancia de las aportaciones de ediciones críticas galdosianas, secundando o no otros estudios y destacando que “no hay duda de que los estudios críticos galdosianos tienen como eje fundamental el ms. correspondiente” (p. 22). Cuenta Esterán con cinco testimonios, incluidas las pruebas de imprenta que reconstruye, y toma como base la edición ilustrada de 1882, en la que ella puede datar con fiabilidad la última intervención del autor. Es el manuscrito de *Zaragoza* el testimonio fundamental que ilumina la edición y en el que la editora se basa reiteradamente para abordar los análisis de la novela (“la tarea del crítico va más allá de la mera reconstrucción paleográfica del manuscrito”, p. 38). Esterán presenta una muy especial batería de signos diacríticos para mostrar la génesis del texto, la reescritura de secuencias, los folios desechados, signos que no presenta en el texto final, sino en las notas del aparato crítico.

Tras la explicación del proceso crítico de su trabajo, la editora expone el proceso de redacción de la novela, partiendo desde la obligada identificación del borrador autógrafo conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, del que se corrigen los errores de su foliación. Esterán aporta nuevas referencias sobre estudios de manuscritos galdosianos y resalta cómo el manuscrito descubre el interés de Galdós por la distribución de la materia narrativa en capítulos, la preocupación cuidadosa con el estilo (Galdós corregía, y mucho, y era absolutamente asistemático cuando anotaba sus correcciones), las etapas creativas de la novela, las sucesivas vacilaciones del final publicado, las incorporaciones del lenguaje conversacional (objeto permanente de preocupación para Galdós en su dilatada labor literaria). Se tiene así la concepción de novela como “imagen de la vida” expuesta sin intermediarios, siendo los personajes la categoría que más interesó a Galdós, sustentando la trama novelesca de sus ficciones, contribuyendo a representar la realidad fielmente. Se analizan también los rasgos suprasegmentales, la sintaxis, los nexos, la puntuación, los apelativos, los pronombres..., teniendo —insisto— muy en cuenta el manuscrito y las sucesivas revisiones de Galdós. Esterán observa cómo del manuscrito a las ediciones impresas el texto se recoge sobre sí mismo y en su composición pasa del lujo de detalles y la progresiva ampliación a su matización y condensación en el relato, al proceso de repliegue de la materia narrativa.

Un tercer apartado, y fundamental en este caso, es el dedicado a la Historia en *Zaragoza*. La intención del autor fue la de ofrecer al lector popular una síntesis histórica asequible, como en otros episodios, de lo que aquí es el segundo sitio que los

franceses pusieron a la capital aragonesa entre el 20 de diciembre de 1808 y el 21 de febrero de 1809, aunque el intervalo se desborda por referencias a fechas anteriores y posteriores que enmarcan el sitio propiamente dicho. La utilización de las fuentes que Esterán reúne y estudia pone de relieve “la sumisión de la Historia a las necesidades narrativas de la ficción” (p. 79). Esterán enumera y analiza las fuentes historiográficas e informativas (epístolas, testimonios vivos) y las contrasta con el texto galdosiano, incluso revisa los errores y comenta los aciertos que otros críticos (Bataillon y Vázquez Arjona) habían cometido al documentar tales fuentes. La novela, como se expone en la relación Historia-Novela, no es sostenible como *episodio* prototípico por la prioridad de la Historia sobre la Novela que caracterizaría a la primera serie de los *Episodios*. Como apunta Esterán: “La novela proporciona las coordenadas para la interpretación de la Historia. Y, si ésta en sí misma no resulta suficientemente ejemplarizante, la ficción enmienda la carencia histórica” (p. 87). Galdós ofrece una “reflexión más personal y subjetiva de la Historia, no por ello menos perspicaz y acertada del devenir histórico” (p. 88). En este apartado, sumamente interesante resulta la exploración del rigor histórico de Galdós, quien “consideraba el material histórico como un componente más de una estructura más compleja, el episodio propiamente dicho, y en la cual se integra siempre adaptado a las necesidades narrativas del momento” (p. 89). Acerca del mayor o menor crédito que reclaman los *Episodios*, Esterán ofrece abundantes datos contrastados: “El rigor histórico en una obra galdosiana no debe estudiarse como capítulo aparte [...] está absolutamente subordinado a las exigencias de la ficción” (p. 98), pues Galdós afirma su condición de novelista e incluso depura estilísticamente sus fuentes.

El cuarto apartado de la primera parte explora la constitución narrativa de la novela y trata la figura del narrador, Gabriel Araceli, cuya presencia garantiza la integración de *Zaragoza* en el conjunto de los *Episodios* de la primera serie. También se detiene en la forma autobiográfica, considerada por Galdós insostenible en el género novelesco-histórico por ser obstáculo a la libertad del novelista y a la puntualidad del historiador. Se analiza también el estatuto del narrador en la novela, y como en todo el estudio se recurre al manuscrito y a la autocensura del escritor con relación a las llamadas al lector en el mismo; también se analiza el tiempo: una cronología histórica fiel en buena medida, pero subordinada a los intereses de la ficción. El manuscrito demuestra que la categoría temporal quedó definitivamente establecida desde el principio. El espacio, tanto histórico como novelesco, es siempre externo, público, todo ocurre en espacios abiertos (su aprovechamiento narrativo ha constituido el interés de los galdosistas en los últimos tiempos, como destaca la editora). Pilar Esterán finaliza su extensa introducción con una presentación y detenido análisis de los personajes tanto históricos como ficticios (Don José de Montoria, Candiola, Manuela Sancho, Palafox, Sursum Corda y otros); los primeros otorgan amplias libertades en la recrea-

ción del plano histórico, y hay una perfecta sincronía entre la Historia y las historias individuales.

La segunda parte es la edición crítica de Zaragoza, cuyo texto se dispone en dos columnas y, a pie de página, la caja recoge, por un lado el aparato crítico evolutivo, positivo, y por otro las notas explicativas de carácter informativo y multidisciplinar, todas ellas documentadas y explicadas ampliamente. La edición se acompaña de la reproducción de planos topográficos y de láminas de la ciudad, complementos que dan el toque final a un brillante trabajo que para el lector no avezado en la crítica textual constituirá sin duda una lectura enriquecedora por las sagaces observaciones que en cuanto a la edición de textos, al manejo de fuentes manuscritas y a la escritura de una novela histórica la editora ofrece. Además, porque una edición como ésta bien podría clasificarse como crítico-genética. Esterán, inductivamente, sin recurrir a los nuevos enfoques ecdóticos que la crítica genética proporciona, aporta una edición que convoca presupuestos teóricos muy actuales: adopta el manuscrito como un testimonio más, lo usa con precisión en su exposición y en su análisis del estilo, del proceso de la escritura galdosiana, de la génesis del *episodio*. No puede haber una teoría general, sino particular, como observa Esterán cuando aplica la metodología al uso en la crítica textual. Su edición invita a tenerla presente como estudio práctico de esa labor ecdótica carente de nuevas formulaciones entre nosotros. *Zaragoza* (el texto del editor, obviamente) debería de haberse vestido con conceptos nuevos. Esterán podría haber evitado ese seguimiento tan puntual de las fases propuestas por la crítica textual tradicional, pero no hemos de olvidar el origen de su trabajo (la tesis doctoral), lo que explica tan minuciosas referencias al lexicón del especialista. Esterán, aun apoyándose en Blecua, eleva su voz crítica cuando el método no le sirve, y su edición, en su continua recurrencia al manuscrito, se aproxima a los estudios que sobre manuscritos modernos se han llevado a cabo en Francia, Argentina o Brasil, y se inserta en la disciplina que en la práctica actual constituye el interés de muchos editores que abogan por el estudio genético de las obras de la literatura contemporánea.

JAVIER LLUCH

